

CIENCIA VETERINARIA..

BOLETIN

SE PUBLICA LOS DIAS 1 Y 15

Plaza de Santo Domingo, 13. - Teléfono 21956

NUM. 17.

Madrid, 1 de marzo de 1941.

AÑO II

Martín Arredondo, primer historiador de la Albeitería española

Martín Arredondo es el albéitar más culto del siglo XVII; ejerció la profesión en Talavera de la Reina, a mediados del siglo. Fué mucho y merecido el prestigio profesional que alcanzó Arredondo en su época; la carta de los proto-albéitares de las Reales Caballerizas, Marcos Merodo y Juan Alvarez Borges, lo justifican cuando le prodigan elogios sin cuento «por tener tan experimentados los aciertos de su doctrina, reconociendo que su ciencia, experiencia y estudio han dado tan singulares noticias de lo más oculto de nuestro arte». En esta ocasión no pretendo estudiar el clínico, ni el hombre de ciencia; voy a fijar mi atención únicamente en el historiador, porque si atesoró mucha experiencia, fué también el primer autor que intenta un estudio histórico de la albeitería española.

El nombre y la obra de Arredondo no han pasado desapercibidos a los historiadores de la veterinaria; con estos antecedentes, y acompañado de la suerte de haber encontrado ejemplares de su obra ignorados de los anteriores tratadistas, me permiten trazar este artículo que contiene alguna originalidad muy en armonía con mi propósito.

De la vida de Martín Arredondo sabemos muy poco, únicamente lo que él mismo nos dice: natural de la villa de Almaraz (Zamora, Cáceres (?)) y vecino de Talavera. Debió nacer al finalizar el siglo XVI; él nos informa de varias intervenciones profesionales por los

años 1649, 1656 y 1662; en el año 1661, en el colofón de una de sus obras, escribe estas palabras: «Ruego a Dios nuestro Señor se sirva de que este poco de tiempo que me falta de vivir, usar del arte de la albeitería...» Cumplió su promesa y preparó un tomo de sus obras completas, publicado en 1669; las ediciones posteriores de 1677, 1706... carecen de privilegio al autor o lo tienen concedido a nombre de un mercader de libros, que confirman su fallecimiento.

La publicación de las obras de Arredondo ha tenido varios períodos, como corresponde a su carácter de enciclopedismo; esta diversidad de fechas ha traído también confusión entre los bibliógrafos, que ahora procuraré poner en claro.

La primera obra publicada por Arredondo se titula «Recopilación de Albeitería sacada de varios autores», Madrid, 1658. Posteriormente publicó otra obra con el título de «Tratado segundo, flores de albeitería, sacada de varios autores», Madrid, 1661. Encontré estas dos obras en la Biblioteca Nacional (Sig. R. 13.177) formando un solo volumen. El éxito acompañó a estas dos publicaciones, y Arredondo decide reunir las en una sola obra, dando el aspecto de nueva publicación; para ello cambia la dedicatoria, modifica el prólogo, inserta nueva aprobación, suprime elogios, etc., y para que la novedad fuese más verídica cambia el título; la nueva obra se llama «Obras de albeitería, primera, segunda y tercera parte, aora nuevamente corregidas y añadidas», Madrid, 1669. La indicación de «aora nuevamente corregidas» indica una reedición. Las «Obras de Albeitería», en su edición de 1669, es la primera que contiene los tres tratados que escribió Arredondo: los dos primeros, ya publicados; el tercero, nuevo, escrito expresamente para esta edición.

El libro de Arredondo lo titula con gran acierto; son «obras» de varios tratados en torno del tema la «albeitería»; al final de la primera parte de sus obras inserta un «Prefación de albeitería, y de su antigüedad, y de los hombres nobles que han escrito en ella y de la estima-

ción que de sí debe hacer el buen albeitar». Con este título tan culterano se contienen los primeros ensayos de una historia de la albeitería española; representa el primer trabajo conocido en España, y no imitado hasta el siglo XIX, sobre conocimientos de nuestro pasado profesional.

El propósito del autor se lleva a la realidad con grandes deficiencias; en el texto se mezcla lo mítico con lo verdadero, la leyenda con la historia; la moderna crítica histórica recoge poco fruto de las noticias de Arredondo, pero concede el mérito que tiene como iniciador de los estudios históricos en veterinaria.

Refiriéndose al arte de herrar, le concede origen semi-divino: «Fué assimismo el primer Herrador de España, Hércules el Tebano, quando vino a ella y fué adonde aora llaman los campos de Tarifa, que entonces llamavan de Turderos, y allí se inventaron los juegos de cavallería y se herrarón los cavallos.»

Recoge noticias de los autores griegos, traducidos por el Licenciado Suárez (Toledo, 1656), incurriendo en el error muy frecuente en la época, aclarado en nuestros días, de confundir a Hipócrates, médico de Coos, que no escribió de Veterinaria con Hipócrates, hipiatra persa (?) del siglo IV; en época más moderna cita las obras de Laurencio Russio, llamándole «andaluz», sin aportar prueba ninguna de este famoso mariscal del siglo XIV, se sabe que ejerció en Roma al servicio del Cardenal Napoleone Orsini (1288-1347); Arredondo conocía la obra de Russio por la traducción de Suárez ya citada. Cita a varios autores griegos traducidos por Suárez y hace juicios muy certeros de sus obras y escritos.

Nos informa también de cuantas personas de la nobleza, de la alta milicia, etcétera, son aficionados al estudio del caballo y tienen conocimientos de albeitería. «El Marqués de Malagon, Conde de Castellar, no sólo es gran Herrador, sino primorosísimo albeitar, como por sus demostraciones se sabe en la corte.» Sigue citando personas ajenas a la albeitería que escribieron y practicaron esta «arte liberal y científica».

CIENCIA VETERINARIA

Muchas noticias interesantes podía espiar en las obras de Arredondo; me limitaré a traer a la actualidad el referente al «Discurso a una pregunta que hizo a Martín Arredondo, y es qual sería la causa de que los profesores de medicina (se incluye a los albéitares) se tuviesen tanta aversión unos a otros». Después de varios párrafos muy culteranos y enrevesados, colmados de citas, quiere revestir de perfección a los profesionales y acepta como bueno el consejo de Cornelio Celso, que exige para alcanzar esta perfección tres condiciones: «perfecta ciencia, buena conciencia y mucha paciencia», y al autor remacha con estas palabras, para hacer un buen albéitar, libre de envidias y malidencias, ha de ser «estudiante desde que nazca hasta que muera». El consejo es vulgarote y corresponde a todos los tiempos.

C. SANZ EGAÑA